

EDITORIAL

La trilogía *conocimiento-seguimiento-amor* no describe una relación directa en la sociedad occidental moderna. Por el contrario, los aspectos del conocimiento no indican compromiso con lo que se conoce o con quien trasmite conocimiento y menos aún amor con lo uno y con el otro. La relación profesor-alumno o maestro-discípulo que sucede en términos de producción o reproducción del conocimiento no prejuzga que el alumno siga en su vida las enseñanzas de su profesor o maestro y mucho menos que lo ame en los términos de entrega a los que se refiere, con tanta sabiduría humana y cristiana, la primera carta encíclica del nuevo Pontífice.

No así en la tradición que viene del Señor. En los Evangelios y en los Hechos Apostólicos el término discípulo (*mathetes, docens*) remite al verbo aprender (*manthano, discere*), pero lo que se aprende debe ser seguido y lo que se sigue debe ser amado, tanto, como para inferir que el discípulo es el seguidor de su maestro, porque es su camino, y que lo ama porque es su vida.

Por eso no fue fortuito que en el personal impulso que diera a la próxima V Conferencia del Episcopado Latinoamericano, el nuevo Pontífice introdujera en el diseño temático la evocación a las palabras del único Maestro bueno: *Yo soy el camino, la verdad y la vida, Yo he venido para que tengan vida.*

Discípulos y discipulado de hombres y de mujeres es la categoría fundamental, previa a toda ulterior distinción entre los discípulos y los doce, entre los doce y los apóstoles, entre los apóstoles y los episcopos-presbíteros, entre éstos

y toda la amplia gama de ministros y ministerios propia de las Iglesias de la gentilidad.

Ser discípulos y discípulas del Señor en el amor y en el seguimiento, en la misión y en el envío es lo previo y lo fundamental de todos los discípulos, que en Antioquía comenzaron a ser llamados cristianos. Desde el primero de los obispos hasta el último de los fieles somos en la Iglesia discípulos y nada menos ni nada más que discípulos. Los discípulos y discípulas del Señor no sólo aprenden sino enseñan, no sólo están con el Señor sino son enviados.

Las semánticas occidentales, no las evangélicas, permitieron postular una supuesta porción de Iglesia que sólo aprende y otra que sólo enseña, una de los que acaso están con el Señor y otra porción de los elegidos y enviados, una de los pasivos que jamás fueron invitados a trabajar en la viña y otra de los activos en cuyos hombros, beneméritos pero insuficientes, recae todo el peso de la misión y del envío, del Evangelio y de la evangelización. La Iglesia que entra al tercer milenio no se repone todavía de la fractura interior que en ella produjera la temprana sacerdotalización del ministerio y la lógica medieval, que concibió a los bautizados como sola potencia pasiva y a los ordenados como la sólo y única potencia activa.

La V Conferencia del Episcopado Latinoamericano, que ha entrado en su fase de preparación, quizás vaya a representar otro de los grandes esfuerzos hechos por la Iglesia para recomponer el tejido total del discipulado común y la responsabilidad conjunta de todos los bautizados, para aprender como discípulos y enseñar como maestros, para estar con el Señor y para ser enviados en la misión y transformación de la sociedad por la fuerza del Evangelio.

El otro esfuerzo, con tan precarios resultados hasta ahora, fue la Constitución Dogmática *Lumen Gentium* del gran Concilio Vaticano II. El capítulo segundo, previo al tercero sobre las diferencias ministeriales introducidas por

el carácter sacramental del orden, quiso ser –en términos de sacerdocio común, de misión común, de profetismo común– la gran vuelta al discipulado como condición gloriosa de todos en la Iglesia, desde el primer obispo hasta el último de los fieles.

Sólo que el sacerdocio común de todos los fieles, tanto como el discipulado común de todos los seguidores del Señor en la Iglesia, exige presupuestos y consecuencias, aceptados por ella en sus doctrinas, pero amargamente desconocidos en su práctica: el *munus docendi* del discipulado total, el *munus sanctificandi* de todos los bautizados e incorporados a la persona de Cristo, el *munus regendi* de todos los confirmados en su Espíritu y consagrados en la verdad para la misión de Cristo.

Por lo demás, América Latina, la de la porción mayoritaria de discípulos del Señor, la doblegada por sistemas inaceptables de economía y desarrollo, la agredida por colonialismos y neocolonialismos opresores, la del clamor ensordecedor por una liberación que pareciera no venir de ninguna parte, confía todavía que la acción del Señor y la sabiduría de sus pastores impulsen hacia adelante la Iglesia continental en los derroteros que le señalaron los padres latinoamericanos en las imborrables conferencias episcopales en Medellín y en Puebla.

El presente número de la revista *Theologica Xaveriana* recoge iniciales impulsos de reflexión en el camino trazado por el Papa y por el Episcopado latinoamericano para la V Conferencia General.

Alberto Parra, S.J.
Director de Posgrados

